

## **VIAJES: EXPERIENCIAS Y OPORTUNIDADES**

### **(O DE LA PRUDENCIA)\***

**Ernesto Rodríguez**

La prudencia —la “frónesis” de los antiguos griegos— es vista aquí dentro de la perspectiva vital del viaje —o del viaje vital—, en cuyo curso representa la actitud vigilante pero también anhelante, o deseosa. No timorata, como suele mal entenderse, sino al contrario, atenta a la mejor manera de conducir la vida propia con el objeto de vivirla bien. La vida buena, no la vida apagada o reprimida, es el fin de una virtud mayor, “madre de las virtudes”, que orienta el viaje y también el ejercicio de las restantes virtudes. No es prudencia, sin duda, la que impide o dificulta la felicidad, es decir, el juego de la vida; lo es, al contrario, la que permite desplegar las alas, o las velas, para ir a su encuentro. El autor examina una variedad de aspectos relativos a la conducción de la vida, ofreciendo un panorama complejo y rico, a la vez que estimulante, de una aventura en la que el ser humano debe practicar el arte supremo de intentar ser feliz.

---

ERNESTO RODRÍGUEZ. Profesor de Historia de la Filosofía en las facultades de Economía y Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro del Consejo Asesor del Centro de Estudios Públicos.

\* Texto de la conferencia pronunciada en el marco del ciclo “Las virtudes de la vida”, organizado por el Centro de Estudios Públicos. En esta edición se incluye, asimismo, la conferencia de Arturo Fontaine Talavera. Las exposiciones de Pedro Gandolfo, Humberto Giannini, Óscar Godoy A., Martín Hopenhayn, Jorge Peña Vial y Agustín Squella fueron publicadas en los números 65 y 66 de *Estudios Públicos*.

*Estudios Públicos*, 67 (invierno 1997).

De acuerdo al título y a la convocatoria de este ciclo, “Las virtudes de la vida”, no hablamos aquí de las virtudes en general, sino de las virtudes de la vida. De ahí que no estén, por ejemplo, todas las virtudes tradicionales. Hay algunas, pero también hay otras que los antiguos no estudiaron o no destacaron, aunque se encuentran siempre, creo yo, en el ánimo de todos los hombres, como ocurre, por ejemplo, con la autenticidad o la libertad. Más allá de las diferentes religiones, ideologías, temperamentos, creemos que es posible hallar un núcleo, un centro, en el cual todos estemos más o menos de acuerdo, en este tiempo y en otros, acerca de cómo es la vida del que quiere vivir bien.

La palabra virtud —y con ella todas las virtudes— está hace ya mucho a disposición de lo que podríamos llamar, entre comillas, “los virtuosos”; eso nos hizo preguntarnos si le estábamos dando la denominación adecuada al presente ciclo. Está aquí con nosotros Humberto Giannini: pensábamos por qué no ponerle “los sabores de la vida”; él me decía por qué no hablar de “las cualidades de la vida”...

¿Cómo tiene que ser la vida para que sea buena? Es un punto interesante, especialmente entre nosotros, en la medida en que desde hace ya algún tiempo vemos una tentación generalizada de pensar que la vida puede ser de “una” manera. La vida tiene que ser buena, pero esa manera de ser buena la vida es distinta, propia para cada uno, y cada uno tiene que encontrarla. Lo cual no significa —otra palabra que se cruza mucho entre nosotros— “relativismo”. ¿Qué significa la palabra “relativismo”? Cada vez que se la usa, es en una acepción negativa. Pero si las cosas tienen que ver con la historia que vivimos, con la de cada uno, y con el temperamento de cada uno, hay una relación real entre la manera en que uno se apodera de la verdad, y el temperamento y la historia de cada uno. Por eso, conversando un día con Pedro Gandolfo, surgió esta idea: “¿Por qué no hablamos —me decía— de los valores, por qué no hablamos de las virtudes de la vida, pero a nuestra manera...?” Esa “nuestra manera” no es “la” manera. No creemos tener exclusividad alguna. Pero con buena fe y buena intención vamos a tratar de exponer “nuestra manera”, que no es la del CEP como institución, sino la de cada uno de los que aquí nos juntamos.

Y como la prudencia, espero mostrarlo, tiene que ver con todas las virtudes, decidí escribir algunas líneas sobre ella —para lo cual en verdad no tengo ni mucha autoridad intelectual, porque sobre la prudencia se han escrito muchísimos libros muy buenos, ni tampoco muchas calificaciones personales, pues he solido ser más imprudente de lo necesario. Me pareció bueno entonces relacionar la prudencia con algo que nos gusta a todos

—más que gustarnos es casi una obsesión, una sed que da vueltas por encima de nosotros: viajar, los viajes. Tomamos así un punto de partida, viejísimo: retórica más vieja que ésta no puede haber. Vamos a hablar de los viajes de la vida.

Los viajes. No nos basta decir que la vida es viaje, ¿verdad? Quiéramos hacer muchos viajes; y si los hicimos, pensamos que podríamos, quizá, haber hecho otros. Cada vez que se nos vuelve intolerable y desprovisto de sentido lo que estamos haciendo, quisiéramos irnos a otro lugar. Aunque no sea más que salir a la calle, encontramos con amigos, simplemente ver pasar la gente. Cada interrupción de lo que hacemos es asomarse a un paisaje más amplio en el que puede aparecer lo imprevisto, lo inesperado.

Y más fuerte que eso aún, hay un deseo incontenible de partir lejos. Ese deseo nos puede llevar a horizontes desconocidos o apenas entrevistos. Visitaremos lugares remotos en los que pudimos haber sido felices.

El ocio y la fantasía nos prestan alas para viajar a los viajes de otros, que reconocemos, de alguna manera, como nuestros. Los personajes y las aventuras de los libros se apoderan de nosotros cuando tenemos la oportunidad de interrumpir nuestros trabajos forzados, o nuestros ocios vacíos. Sabemos que a algunos, de mucho leer y poco dormir, se les secó el seso, y que se volvieron caballeros andantes.

Otros emprenden ese largo viaje hacia la tierra incógnita que llamamos verdad. Tierras lejanas en las que Platón creía que andaban las ideas, y donde Aristóteles pensaba que se podían contemplar las sustancias.

Hay también el viaje solitario al desierto silencioso, en el que parece oírse a veces la voz más bien muda del único que es y no se oye ni se ve...

Los viajes, en general, no son posibles sin el llamado, la compañía inextinguible de esa pareja que va siempre con nosotros, inquieta e inquietante: la imaginación y el deseo. Cuando nos abandonan, la vida se calma; pero al mismo tiempo se siente vacía y nos parece que es un deslizarse hacia el reposo final.

Todos somos compañeros de viaje, y como me decía una vez un amigo, “sobrevivientes”. Conocemos a los que viajan a las mismas regiones..., encontramos algunos a los que llamamos amigos, conversamos interminablemente con ellos sobre caminos y destinos, preguntamos por dónde, cómo, qué será mejor para nuestras vidas y, entre ellas, lo mejor para la mía; todo para ver si damos con esos senderos y lugares en los cuales mi espíritu podrá encontrar los momentos verdaderos, esos momentos en los que el tiempo parece detenerse.

A esta permanente deliberación, a este incierto saber o desear saber, los griegos lo llamaron “frónesis”, y los latinos dijeron “prudencia”.

Aristóteles señala que sólo de las cosas que son siempre de una sola manera, que se dejan comprender por conceptos precisamente delimitados, porque no tienen carne ni historia, podemos alcanzar un conocimiento siempre cierto, demostrable y preciso. A ese saber lo llamó “episteme”. Así, por ejemplo, es el saber de los cuerpos geométricos o de las proposiciones lógicas. Desde entonces la filosofía trató de convertir en conocimiento cierto todo lo que se dejaba convertir. Ésa ha sido y sigue siendo la tarea de la ciencia. Pero el comportamiento humano ha resultado rebelde a esa tarea, porque es inseparable de sus cambios y contradicciones. Somos, bien digo, errantes y erráticos.

¿Cómo señalar en medio de tanta incertidumbre y presentimiento algunas indicaciones generales, como las balizas en las cartas de navegación, que vengan de la misma experiencia de la vida y no de definiciones previas? ¿Cómo describir aquellos actos que la hacen hacer mejor lo bueno que quiere hacer, y que la previenen de perder el rumbo deseado —sea por distracciones, confusiones o seducciones, fatales, como cuando se navega cerca de cíclopes, sirenas, circes encantadoras?

Aristóteles, que era un optimista, y que por eso mismo es más bien ignorado por la filosofía moderna de la desconfianza, decía que sí somos capaces de hacer las cosas bien, pero que sólo nos perfeccionamos por la costumbre, por el hábito, por el ejercicio repetido. Es a esas capacidades o buenas cualidades del alma que llamamos desde entonces “virtudes”. Y a los que saben hacer bien su vida y sus oficios, virtuosos.

Es cierto que somos buenos para unas cosas y malos para otras, y frecuentemente pensamos que somos malos para casi todo, que somos malos para la vida. No nos vamos a preocupar hoy de oficios particulares: vamos a hablar de las virtudes de la vida, de las virtudes de la vida misma.

Ahora bien, todas las virtudes de la vida tienen que ver con el cuidado de ella, pero hay una que es la que sale todo el día a preguntar por el cuidado de la vida misma. A esa virtud podríamos llamarla “madre de las virtudes”, pues todas las virtudes de alguna manera cumplen lo que ella anticipa. Tanto así, que podríamos traducir prudencia, por ejemplo, como inteligencia de la vida, la inteligencia para la vida.

Quizá sea mejor que la llamemos con su nombre griego, porque “frónesis” nos habla de un interesante proceso creador, así como por ejemplo la palabra “physis” alude al proceso natural de todas las cosas, o “póiesis” al proceso por el cual creamos lo que hacemos aparecer en el mundo y ante nosotros mismos.

La palabra prudencia, en cambio, ha ido tomando más bien el significado de precaución frente a lo malo, en cuanto a abstenerse de ello; abstenerse de casi todo, en verdad: de beber, de amar, de cantar en voz alta; abstenerse de atreverse, abstenerse de vivir...

¿Qué hacer? Hay que rescatarla. Y decirle que, si se atreve, tendrá el cuidado y el placer.

Estamos, pues, en medio de la vida, que sería la oportunidad para conseguir los bienes que queremos. Oímos ese llamado persistente que nos invita a partir. Ensayamos diversas partidas, y recaladas, en las que vamos conociendo preferencias y capacidades. Llamamos a eso “los años de formación”. Oímos y leemos historias de viajes. Conversamos interminablemente con las almas afines. Nos internamos imaginaria o realmente en los gozos y sufrimientos del amor, los presentimientos y las primeras experiencias, que se nos confunden: por eso vivimos confundidos y torpes. Algunos para toda la vida. Equivocados, entramados con nuestras equivocaciones, que no podemos separar de los momentos felices. Aprendiendo de los movimientos falsos, y naufragando en las bahías quietas.

Siempre viajas en medio de la vida. Un hombre joven es un hombre completo, decía Montaigne. Y un hombre viejo que está en medio de la vida, es un hombre joven.

Existen asimismo las experiencias del silencio, del largo silencio. La de la música, que nos trae ciertamente señales de otra parte. Y todas las apariciones y arrobamientos en general. Se cruzan nuestros sueños y las aventuras reales, siempre, en todos los casos...

Aquí debemos quizá interrumpirnos un momento para decir que esta “frónesis” —y está en el supuesto de todos los moralistas desde un comienzo— es una actividad del alma superior. Hay una terrible injusticia y aristocracia filosófica que es inevitable. Un texto que nos toca hoy particularmente en la *Gaya ciencia*, de Nietzsche, tiene que ver con esta aptitud para la aventura, el ocio y el trabajo; dice así: “Casi todos los hombres en los países civilizados son ahora iguales en buscarse trabajo para ganar un sueldo. Para todos ellos el trabajo es un medio y no un fin. Por eso no se esmeran mucho en la elección de su trabajo, con tal que arroje una ganancia abundante. Ahora son raros los hombres que prefieren perecer antes que trabajar sin encontrar placer en su trabajo. Esos hombres son difíciles de contentar, son en grado sumo inconformistas, pues no se les satisface con una ganancia abundante cuando el trabajo mismo no es su mejor ganancia. A esta rara especie de hombres pertenecen los artistas, y los contemplativos de toda índole, y también los ociosos que emplean su vida en la caza, en los viajes o en aventuras e intrigas amorosas. Todos éstos quieren trabajo y pobreza,

mientras lleven consigo el placer. Incluso, el más difícil y duro trabajo cuando tenga que ser así”.

Y más adelante agrega: “No temen tanto al aburrimiento, como al trabajo que no les agrade. Es cierto que tienen necesidad de aburrirse mucho, antes de que les salga bien su trabajo. El aburrimiento para los pensadores y para todos los espíritus sensibles es como aquella desagradable calma absoluta de las almas, que precede al viaje feliz y vientos favorables. Ha de soportar el aburrimiento, ha de guardar en sí aquellos afectos. Esto es lo que las naturalezas inferiores no son capaces de conseguir. Es vulgar ahuyentar de sí el aburrimiento, como es vulgar trabajar sin placer”.

Todo esto es cierto, si hemos tenido suerte y no hemos quedado presos en las palabras de alguien o muy solemne o muy disgustado de la vida. Esos que nos dicen, por ejemplo, que hay una sola manera de vivir, o que no tenemos derecho a ser felices mientras no se hayan superado todas las contradicciones y dolencias del mundo. O que antes de conocer las antiguas tradiciones y leyendas debemos ejercer el nuevo derecho a la sospecha, derecho que es obligatorio ejercer, porque tal vez todas las historias, nos dicen, no fueron sino la proyección inevitable de una vieja trampa.

Estas pedanterías serían muy graves, pero no lo son, y los pedantes no son tan malos. Quizá sus precauciones sean sensatas, siempre que no nos hagan perder el placer de estar en medio de la vida, y con él nos abandone el deseo, el agrado. Si no pensamos en medio de la vida, si nuestro pensamiento está vacío, ocurre una cosa terrible, que decía Cesare Pavese: “Mientras menos se piensa, menos se desea”.

Vamos a tratar de ver qué pensamiento es, en cambio, el que aumenta el deseo. Se trata entonces de esto: de desear y probar la vida.

¿Cómo es esto de desearla y probarla?

Ustedes me permiten que de nuevo me remita a otro texto precioso, conmovedor, de la *Gaya ciencia*, nuevamente Nietzsche. Título escrito con exclamaciones: *¡In media vita!* (¡En la mitad de la vida!) Dice esto: “¡No, la vida no me ha decepcionado! Año tras año la encuentro más verdadera, más deseable y misteriosa. Desde el día en que el gran liberador vino sobre mí, el pensamiento de que la vida puede ser una experimentación del que está en camino de conocer, y no un deber, no una fatalidad, no una trampa. El conocimiento puede ser para otros algo distinto, por ejemplo, un lugar de descanso, un entretenimiento, una ociosidad; para mí, es un mundo de peligros y victorias”.

Y más adelante subraya: “La vida es un medio para el conocimiento. Con este principio en el corazón puede uno vivir no sólo valientemente, sino con alegría. ¿Y quién comprendería de algún modo lo que es vivir bien

y reír bien, si no se ha comprendido previamente bien a sí mismo en la lucha y en la victoria?”

Qué tenemos a esta altura: que vivir es estar en camino; en medio del camino; en medio de la vida. Que estando ahí hay momentos decisivos en que podemos encontrar el puerto, la puerta, la pasada, la pascua. Que esos pasos oportunos aparecen dentro de la única oportunidad que es la vida, y que encontrar esos pasos es encontrarse con pensamientos, y esos pensamientos se prueban en la vida, son así experiencias de la vida. La vida es experiencia de la vida, y así se hace buena. Eso es lo que han dicho y han escrito los que han sabido. Y todo esto es lo que llamamos inteligencia de la vida, frónesis, en el sentido bueno que puede tener la prudencia, y no en el encogernos al borde, al lado, afuera de la vida.

Esta deliberación incesante la ejercemos mientras probamos nuestras posibilidades. Cómo las probamos: tratando de ir siempre un poco más allá, de ensanchar cada vez más el horizonte; de salir fuera de los bordes conocidos. A ese impulso a salir fuera llamémoslo *excesivo*.

Hay situaciones en las que nos excedemos. Cuando alguien hace muy bien algo, decimos que excede lo que hacen los demás, que ha ido más allá. Que es muy bueno, que es demasiado bueno; y que de eso se trata. ¿Pero qué pasa si de este exceso no podemos volver...? ¿Si después del exceso no encontramos el acceso? ¿Si tras la partida a mar afuera no encontramos la recalada...? La vieja pregunta, ¿cómo mantenernos en un punto de equilibrio siempre inestable? Ahí la seguridad se cruza con el peligro y andan juntos, mirándose y temiéndose. Ése es el juego de la frónesis. Salidas hacia mar abierto y recaladas en las orillas. Bordes sinuosos de la tierra que podemos volver a pisar.

Quizá por eso nos tocan tanto las historias de viajes y las de los que las escriben. Hay dos autores de viajes que nos son muy queridos. El más grande, me parece, es Melville. La lectura de *Moby Dick*, yo diría, es decisiva, indispensable. Melville, un escritor al que todavía no terminamos de descubrir, ha tocado con incomparable sencillez y a veces solemnidad, y siempre buen humor, algunas de las situaciones decisivas de la vida.

Otro gran escritor de viajes es Conrad, que escribió sobre recaladas y partidas y que fue él mismo, como Melville también, hombre de mar y de barcos. La partida es siempre una visión profética de tierra. Se parte de la tierra para reencontrarla más allá. Por eso es bueno partir.

Aunque haya tiempo cerrado, un barco siempre tiene el mar entero abierto ante sus amuras. La recalada, en cambio, puede ser buena o mala. Hay que reencontrar la tierra y sólo en un punto concreto. Todos los trazos sinuosos de una carta náutica apuntan siempre a ese minúsculo punto. Tal

vez una pequeña isla en medio del océano, un único cabo en la larga costa de un continente, un faro sobre un acantilado, o simplemente la puntiaguda silueta de una montaña.

Brumas, temporales, y las fatales distracciones. Estos son los enemigos de las buenas recaladas.

El partir al mar abierto, dejando lo seguro y conocido, es una de esas situaciones excesivas.

Así como el amor, por ejemplo, o la inminencia de la muerte. O una aparición que puede hacernos felices o desgraciados. O cuando estamos simplemente muy felices. En esos casos estamos siempre, todavía, en la vida, pero en su borde extremo, excesivo... Y sin esa experiencia del exceso todavía no la conocemos.

Oigamos ahora a William Blake en los *Proverbios del infierno*: “El exceso en la juventud es bueno para la vida”. O “El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría”. Y: “Demasiado; es decir, suficiente”.

Cada uno tiene un umbral de exceso que puede cruzar. Diría que dentro de las capacidades naturales que poseemos, una es nuestra capacidad de exceso. Y esa capacidad es propia de cada uno, aunque tampoco el umbral del exceso es el mismo para todos los días. De tal manera que las líneas de la prudencia están siempre cambiando.

Podríamos llamar a la prudencia, también, “cuidados”. Ése es el juego...: cuidadosos y, al mismo tiempo, confiados. Ése es el juego de la frónesis. Los juegos son gozosos y el riesgo nos oxigena.

Acerquémonos a otras imágenes gozosas, algunas de ellas familiares o deseables, las tenemos todas presentes. Por ejemplo ésta: un día claro, la imagen prodigiosa de un velero... William Carlos Williams, en el poema *Los yates*, dice de una embarcación: “Rara como la luz de un ojo feliz...” “...Viva con la gracia de todo lo que en la mente es despejado, libre; naturalmente digno de ser deseado...” También nos imaginamos unos pájaros que atraviesan el cielo... O un jugador que corre con la pelota hacia el arco contrario... En todos estos casos hay movimientos precisos, quiebres cortos seguidos de trayectorias largas, movimientos, acción, gozo. Así también escriben los que escriben bien. Y juegan la música los buenos músicos. Mientras juegan deciden, en plena navegación, vuelo o carrera, y sus movimientos son leves, apenas se apoyan en el elemento que los sustenta. De esa levedad habla Italo Calvino cuando dice que es como la de un pájaro que quiebra su vuelo, y no como la pluma que cae inerte.

Ligereza y levedad de los oficios. Pensar y decidir en medio del deseo.



Lo contrario de la levedad es la pesadez. Los espíritus sanos son ligeros, no descansan en las certezas porque saben que éstas son leves y cambiantes puntos de apoyo, que se desplazan con el movimiento, y que lo que nos resultó bien una vez puede en otra oportunidad hacernos perder precisamente el pie ligero.

La pesadez sería un espíritu malo, enemigo de la levedad. Nietzsche decía ser enemigo de la pesadez. Y decía que ser enemigo de la pesadez es propio de la especie de los pájaros. “Tenemos que aprender a amarnos a nosotros mismos.” A atrevernos... —y éste es el movimiento y el giro que hay que imprimirle a la ética. A atrevernos a hacer las cosas bien. Esto quiere decir Nietzsche cuando afirma que hay que “atreverse a ser bueno”.

Por eso, otro enemigo del espíritu ligero, denunciado también por Nietzsche, es la pereza, que atrapa a la mayor parte de los seres humanos. La pesadez y la pereza se juntan, y si creemos que lo mejor de nosotros es lo más grave y lo definitivamente serio, nos vamos a quedar ahí abajo, con la pesadez de lo muerto. Lo mejor, pensaba Nietzsche, está por encima de nosotros, y por eso nos presta alas, como a los pájaros. Y volviéndose a sí mismo decía “éste es mi camino”, y agregaba “¿dónde está el vuestro? Así respondía yo a quienes preguntaban por el camino. El camino, en efecto, no existe”.

El espíritu de pesadez, en cambio, se apoya, inmóvil, en el fondo. “Fondo” quiere decir también “razón”. La pesadez prefiere quedarse en ella, como en un terreno establecido y probado, pero también cercado.

Al que se apoya así, pesadamente, en la verdad, lo llamamos, con toda propiedad, pesado. La virtud es leve, ligera, y está siempre de buen humor, porque sabe que todo vuelo es fugaz, efímero. Digámoslo así: si somos efímeros, no podemos ser pesados.

Los dominados por el espíritu de la pereza son fácilmente reconocibles, porque son siempre graves. A lo más, condescendientes. Nos quieren decir “nosotros representamos, encarnamos, somos, la manifestación ambulatoria de la verdad”.

El viajero, en cambio, el que no se moviliza en el carro ambulatorio, es siempre leve. Casi no deja huella.

En las memorias de su viaje por Italia, Goethe nos cuenta que quedó tocado por las huellas de un hombre santo e inquietante, que había desconcertado a la buena sociedad de su tiempo y de su mundo con su lema vital, que era éste: “No despreciar a nadie, despreciarse a sí mismo, despreciar el despreciarse a uno mismo”. Ese hombre loco se llamaba Felipe Neri, San Felipe Neri. Secularmente lo podríamos decir así: no tomar en serio a nadie, no tomarse en serio a uno mismo, y no tomarse en serio el no tomarse en serio.

Felipe Neri era un hombre que iba y venía por las calles de Roma. Encontraba su identidad en su errancia. Estaba en muchas partes. Hacía muchas cosas. Y siempre consigo mismo... Mostraba que no hay tal oposición entre identidad y errancia. Que nuestra identidad, por el contrario, está diseminada, espaciada, esparcida, y que tenemos que salir de viaje, ligeros de equipaje, para reconocerla y saludarla en todas partes.

El alma es vaga, ligera, errante. Heráclito decía “El alma es todas las cosas”.

Pero después de este “no tomar en serio a nadie, ni a uno mismo”, quizá sea bueno que volvamos a pensar el cuidado. Y relacionarlo con lo oportuno.

Sigamos con imágenes de viajes, de navegación: cuando se navega por derroteros estrechos, hay que echar sondas, para apartarse de los escollos traicioneros. Hay que tomar precauciones en el viaje. Llegar a detenerse para reflexionar, oír, saber guardar, cuidar algún secreto. Saber callar cuando vamos a ser mal entendidos o cuando no nos van a oír. Cuidar de no herir la sensibilidad de aquellos que se puedan resentir.

Pero si tomamos todas las precauciones resultaría ser la nuestra una marcha mecánica, sin eros, sin el *élan* vital... No hay que tomar todas las precauciones, pero hay que tomar algunas. Por ejemplo, alejarse de lo que parece malo y acercarse a lo que parece bueno. Saber cuáles son los sí, los pocos sí, que son siempre sí; y los pocos no, que son siempre no. ¿Con qué criterio? Seamos consistentes: con un criterio, el del agrado. Pues, si no tenemos gusto, ¿a quién nos podremos acercar deseosos...? Si no cultivamos nuestros gustos estamos condenados a entender la prudencia solamente como un apartarnos, como abstenernos, como una represión.

Pero desde el gusto, ¿de qué es de lo que nos alejamos? En primer lugar, de lo que nos disgusta —el texto de Nietzsche es ilustrativo—, nos alejamos de las aguas traicioneras y de las aguas muertas. De las ambigüedades —ya tenemos bastante con nuestras propias equivocaciones. De los envidiosos. De los siempre graves, de los siempre serios. De los que se pasan diciendo tonterías —porque es bueno un poco ser estúpido, pero no siempre y constantemente. Por cierto, hay gustos que son perversos: por ejemplo, los que se llaman vicios. Sin embargo, si alguien es coherente con sus gustos, y los lleva hasta el final, puede encontrar una salida aun dentro de sus vicios. La literatura está llena de estos excelsos ejemplos. Lo peor que nos puede pasar es no tener gusto, placer. Montaigne, cada vez que habla de la virtud y de la verdad, las hace hermanas del gusto. Un discurso que puede ser válido en general, pero impregnado de disgusto vital, de envidia a la vida, resentido, quejoso, no resulta. Es mentira aunque diga verdades.

También nos apartamos de los banales. Cioran, que abusaba de su ira, decía “Yo no me trato con alguien que dice: efectivamente”.

Y este juego de los gustos y los disgustos, ¿dónde ocurre? En la ciudad. Este ligero ir y venir tiene la forma de una conversación. Y la ciudad es lugar irremplazable de la conversación. ¿Qué será bueno para la ciudad y los que vivimos en ella? John Keats decía que el primer deber político de un hombre es la felicidad de sus amigos. Pero los amigos son inseparables, agregaríamos, de la sociedad política en la que se encuentren. Y de aquí brota otro arte: el de la prudencia política. El de la conversación que da lugar al otro, en la que se quiere y se da lugar al otro. Es lo que en un sentido muy amplio podemos llamar, con Popper, una sociedad abierta. En ella las decisiones, nuestras decisiones propias, y las de nuestros amigos, son siempre decisiones históricas.

Así, y aunque esto escape a nuestra conversación de hoy, las decisiones de lo que llamamos modernidad nos tocan. Lo queramos o no, de alguna manera son nuestras. Conversamos en medio de un viaje y un destino común.

Volvamos a la prudencia como justa oportunidad, frente a la prudencia negativa.

Distingamos a la prudencia como la más difícil de las artes: la de encontrar la oportunidad del justo medio. Y no confundamos al hombre oportuno con el oportunista o el importuno.

¿Qué ha pasado con la prudencia? Ha sido usurpada por los espíritus pesados, por los que temen al riesgo, y también por los oportunistas.

¿Cómo rescatarla de unos y otros?

También en sus *Proverbios del infierno* William Blake dice que “la prudencia es una vieja solterona, rica y fea, cortejada por la incapacidad”. Ésa es hoy la percepción corriente de la prudencia. Blake escribe en 1790 y se anticipa casi un siglo a Nietzsche.

Pero no es así, la prudencia.

¿Vieja? ¿Cómo? Esta conferencia podría llamarse así: “La prudencia: de la vieja solterona a la gozosa frónesis”. ¿Cómo vieja, si la frónesis es siempre ligera y joven? ¿Cómo solterona, cuando ama la aventura, el placer y el exceso? ¿Cómo rica, cuando anda siempre ligera de equipaje? ¿Cómo fea, cuando es precisa de líneas y ama las cosas bellas? ¿Cómo cortejada por la incapacidad, cuando es pura capacidad de hacer y decidir?

¿Puede educarse? ¿Podemos aprenderla? Aristóteles dice que sí. Que es un hábito nacido del constante ejercicio, y que el sentido de lo oportuno es algo que podemos cultivar.

Las oportunidades son siempre eventuales, efímeras. El desplazarse de los humanos es más difícil que el desplazarse de los pájaros en el cielo. El espacio no está siempre abierto, sino poblado de dificultades y facilidades. Nuestra palabra y nuestra acción se encuentran siempre con otras. El momento oportuno tiene siempre una hora y un lugar. ¿Cómo recorrer ese camino? El campo está atravesado de palabras. Nuestro sentido de lo oportuno, lo que hemos llamado nuestro gusto, nos hace sentir las huellas de algunas palabras —las que nos tocan—, pero esas huellas, siempre indeterminadas, pueden abrirse en diversas direcciones posibles. Así, vivimos en una trama de huellas, y cada cual va encontrando en ellas la forma de sus propias acciones y palabras. Heidegger nos dice que estas huellas se interrumpen en lo no pisado. Se interrumpen las huellas ajenas y el propio sendero. Cuando hablamos del camino de la vida, es siempre, lo sabemos, el de cada uno; y cuando el caminante se aparta hacia lo indeterminado y abierto, se encuentra a menudo sin sendero.

Acérquemonos a esta dimensión, la más tenebrosa de nuestra propia responsabilidad. En un poema de Nietzsche se encuentran estas palabras: “Ya no hay senda, en torno está el abismo y un silencio sepulcral. Así lo querías tú”. El tiempo, entonces, parece que corre amenazante a nuestro encuentro, no parece posible que vuelvan a aparecer momentos oportunos, todo parece haberse detenido alrededor nuestro, nos sentimos como petrificados por el horror y el miedo. La vida misma, como oportunidad, parece haberse retirado, sólo el inminente abismo y el sepulcro silencioso. ¿Cómo, en esos momentos, mantener la calma? La calma es propia del virtuoso. Calma y lentitud en medio del tiempo que corre amenazante. Se nos hace entonces perentoriamente claro que somos efímeros, y descubrimos que hay momentos irrevocables, cuando parece que todo termina definitivamente para nosotros. El tiempo feliz era efímero. Francesca da Rimini le dice al Dante, en el Infierno: “Ningún mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria”.

Pero si los momentos felices son efímeros, quizá hay otra virtud, la definitiva, la que nos mantiene en medio del camino, bajo todas las circunstancias: me refiero a la virtud de la esperanza. Si no nos abandona, podemos salir nuevamente a un mar abierto y a un aire poblado de voces. Somos frecuentemente imprudentes, pero podemos reanudar el viaje si no negamos la esperanza.

Volvamos a la levedad. El juego, la suspensión del tiempo, es la más inocente de las ocupaciones, así dice Hölderlin, y la poesía es un juego de palabras. Por eso el poeta puede soportar que sea, también, el más peligroso de los bienes. El artista, el virtuoso, está protegido por su capacidad de

jugar. Los juegos son peligrosos, pero leves. El juego es repetición gozosa, exigente, y así descubre sus pasos. Sería la situación humana plena. Uno de los pensadores más abismales de esta época, Walter Benjamin, dijo: “que la experiencia de lo más emocionante se transforme en hábito, ésa es la esencia del juego...”

Y acercándonos al final, ¿hacia dónde viajamos? Ya sabemos que el viaje dura un tiempo, que es efímero. Ahí ya nos acercamos a un borde: parece que viajamos hacia la muerte. Ahí termina el deseo: parece que la muerte es el final del deseo. O porque se cumple, se llega al término anhelado, o porque simplemente ahí termina el deseo. Leopardi vivió sin ninguna ilusión, esperando la muerte, y, haciéndose amigo de ella, en medio de una luz amarga, le pide a la muerte que al final lo libere del deseo... En ese abandono del deseo encuentra la paz final. Por el contrario, Dante, poeta de la esperanza, dice que el deseo lo abandona cuando llega a ver la luz final, la luz de Dios.

En ambas situaciones, optables pero no comprobables, la muerte definitivamente es siempre lo desconocido; en ese momento nos abandonará el deseo. Pero si no hemos deseado, ¿qué nos abandona? Quizá no somos sino la historia de nuestro deseo, y por eso Dante, a los que no desearon, no los admite ni siquiera en el Infierno.

¿Hacia dónde viajamos? Se podría decir algo más: viajamos buscando la felicidad. Es una respuesta positiva. E hipotética: se viajaría buscando el bien, el bien total. Pero ese bien total habita en uno mismo: nos vamos purificando, vamos abandonando nuestros deseos, hasta que el último deseo es la pura contemplación de ese bien. Y el sumo ser perfecto de que habla la metafísica aristotélica no tiene para qué ir a ninguna parte. Si hacemos la trasposición del pensamiento de Aristóteles al cristianismo, podría decirse que así como en la posesión de ese bien supremo se calma el deseo, es en el encuentro con ese Dios —que no va a ser sólo aquel que se piensa a Sí Mismo, sino el Dios que al comprender nos ama y sonríe, dice el Dante— que se calma nuestro deseo. Uno puede pensar que no es sino una hermosa leyenda, un imposible deseo. ¿Y si ese deseo encontrara su cumplimiento?

El navegante no lo sería si no buscara la tierra prometida o soñada.

La inteligencia de la vida, decíamos, viene de sus reiterados ejercicios; en ellos se cruzan riesgo y cuidado. Aprendemos en medio de ella a acercarnos a lo que puede ser bueno, y a alejarnos de lo que puede ser malo. Siempre corriendo el riesgo: sólo así experimentamos lo más propio de la condición humana. Y todo momento es fugaz: somos efímeros. Y ahí están

las virtudes jugando el juego de la frónesis, y no el temor abstemio, desconfiado, de la prudencia como vieja solterona.

Quisiera terminar señalándolo mediante dos imágenes. Una está en un poema de Hölderlin, y es la del nadador que confía en el elemento y que puede navegar a veces en las superficies o en los abismos, y aun si cae, si muere —dice Hölderlin—, muere feliz. La otra es más cercana. Es la imagen, familiar para todos, de alguien que hace *surf* en una playa; de ese que se sostiene leve, preciso, en el equilibrio de sus movimientos, avanzando en la curva alta de la ola. Alguien me dijo una vez que los surfistas eran superficiales; yo no pude menos que decirle que era muy difícil ser superficial...

Para el que se refugia en una proclamada profundidad, puede ser superficial, pero ése ignora una cosa central: que la superficie es el borde de la profundidad, de tal manera que la profundidad se nos articula, se nos hace evidente, nos habla, en la superficie de las aguas.

Es más difícil avanzar en un juego incesante, tocando apenas la superficie, que estar anclado en el fondo. Los que hemos navegado conocemos la expresión que se usa cuando estamos fondeados en una bahía: decimos que estamos fondeados, anclados al fondo: amarrados a un “muerto”. Muerto se le llama a un pesadísimo bloque de concreto que se echa al fondo. Nos impide garrear, pero también navegar.

Experimentar la superficie no es ser superficial. Recordemos lo que decía Nietzsche: “Los espíritus profundos aman la claridad”. Un amigo, que está hoy aquí y que es surfista, me dijo un día: “Ernesto, el pensamiento es curvo”. Y eso no lo aprendió estudiando un tratado de metafísica, pues la identidad no se encuentra en una clausura, sino que es un incesante descubrimiento. La identidad está repartida en múltiples salidas y recaladas. Así aprendemos, me parece, a dar forma a nuestro trato con el mundo. Ésa sería la virtud. Ése sería el arte de la prudencia rescatada. El conocimiento de uno mismo y de su oficio. Así lo dice uno de los poetas norteamericanos más importantes de este siglo, Charles Olson: “No hay otro secreto, sino el conocimiento de ti mismo y de tu oficio”.

Así se aprenden las reglas que se van descubriendo en el juego, y nuestra emoción, que salía afuera, ahora que ha ido y venido, aprende a conocer y querer a sí misma.

En la madurez de su trabajo, el pintor George Braque escribió, en medio de una serie de grabados, estas palabras: “Amo la regla que contiene a la emoción”. Quedarnos en estas palabras puede ser una buena manera de interrumpir esta reflexión sobre la prudencia, los viajes y la oportunidad de la vida. □